

EL CENTRALISMO ORGÁNICO: CUESTIÓN VITAL (III)

(viene de la revista "El Comunista" nº67 y 68)

"La organización en partido que permite a la clase ser verdaderamente tal y vivir como tal, se presenta como un mecanismo unitario en el que los diversos «cerebros» (no sólo por cierto los cerebros, sino también otros órganos individuales) absorben tareas diversas según las aptitudes y potencialidades, todos al servicio de un objetivo y de un interés que progresivamente se unifica cada vez más íntimamente «en el tiempo y en el espacio» (esta cómoda expresión tiene un significado empírico y no transcendente). No todos los individuos tienen pues el mismo puesto y el mismo peso en la organización: en la medida que esta división de tareas se realiza según un plan más racional (y lo que vale hoy para el partido-clase, será mañana para la sociedad), está perfectamente excluido que quién se halla más arriba gravite como privilegiado sobre los demás. Nuestra evolución revolucionaria no va hacia la desintegración, sino hacia la conexión cada vez más científica de los individuos entre sí.

Ella es antiindividualista en cuanto materialista; no cree en el alma o en un contenido metafísico y transcendente del individuo, sino que inserta las funciones de éste en un cuadro colectivo, creando una jerarquía que se desarrolla en el sentido de eliminar cada vez más la coerción, sustituyéndola con la racionalidad técnica. El partido es ya un ejemplo de una colectividad sin coerciones." (Lenin en el camino de la revolución, 1924).

Empezando por el final, buscamos el cemento organizativo de nuestra disciplina no en la coerción (recuérdese el carácter voluntario de la adhesión al Partido), sino en el compromiso militante colectivo en la consecución de un mismo fin, insertando las funciones de cada miembro del partido en una estructura organizativa que distribuya racionalmente las tareas para orientar nuestra actividad y resultados hacia dicho fin. Para la organización y ejecución de este trabajo colectivo, así como para la distribución de las tareas, el Partido realiza reuniones frecuentes en cada sección y también reuniones generales y regionales, de carácter internacional. Este trabajo se desarrolla de manera antiindividualista, no personalista, anónima. Ningún compañero está exento del trabajo militante en todas sus manifestaciones y nadie gravita como un privilegiado sobre los demás. Si hay compañeros que tienen la capacidad o están en posición de asumir tareas de mayor responsabilidad será porque serán los que mejor puedan ordenar un trabajo y pensamiento que no es suyo sino del partido y porque asumirán los mayores sacrificios y el mayor compromiso con la causa por la que luchamos. La concepción del oportunismo es que los dirigentes viven de la organización, la concepción militante del marxismo es que todos vivimos para el Partido y para la revolución comunista.

"Los dirigentes y el dirigente son aquellos y aquel que mejor y con mejor eficacia ordenan el pensamiento y quieren la voluntad de la clase; construcciones necesarias cuanto activas de las premisas que nos dan los factores históricos. Lenin fue un caso eminente y extraordinario de esta función, por intensidad y extensión de la misma. Por muy maravilloso que sea seguir la obra de este hombre con el fin de entender nuestra dinámica colectiva de la historia, nosotros no admitiremos que su presencia condicionase el proceso revolucionario a cuya cabeza

le hemos visto, y aún menos que su desaparición detenga a las clases trabajadoras en su camino." (Lenin en el camino de la revolución, 1924).

En definitiva, aunque en la distribución de las tareas nosotros tengamos en cuenta aptitudes y potencialidades diversas, aunque haya compañeros cuya comprensión, posibilidades, compromiso y espíritu de sacrificio los ponga a la cabeza de la organización en determinados momentos y para determinadas tareas, nosotros jamás admitiremos que el proceso revolucionario pueda depender de que Fulanito o Mengano estén presentes o, peor, de que sean "democráticamente elegidos".

"Estos elementos generales de la cuestión muestran cómo nadie mejor que nosotros está por encima del significado banal del igualitarismo y de la democracia «numérica». Si nosotros no creemos en el individuo como base suficiente de actividad, ¿qué valor puede tener para nosotros una función del número bruto de los individuos? ¿Qué puede significar para nosotros democracia o autocracia? Ayer teníamos una máquina de primerísimo orden (un «campeón de excepcional clase», dirían los deportistas) y esto podríamos colocarlo en el ápice supremo de la pirámide jerárquica: hoy éste no existe, pero el mecanismo puede continuar funcionando con una jerarquía algo distinta en la que en el ápice habrá un órgano colectivo constituido, se entiende, de elementos elegidos. La cuestión no se plantea para nosotros con un contenido jurídico, sino como un problema técnico no prejuicado por silogismos de derecho constitucional o, peor aún, natural. No existe razón de principio para que en nuestros estatutos se escriba «dirigente» o «comité de dirigentes».

*Y de estas premisas parte una solución marxista de la cuestión de la elección: **elección que hace más que nada, la historia dinámica del movimiento y no la banalidad de consultas electivas.** Preferimos no escribir en las reglas organizativas la palabra «dirigente», porque no siempre tendremos en nuestras filas una individualidad de la fuerza de un Marx o de un Lenin. En conclusión, **si el hombre, el «instrumento», de excepción existe, el movimiento lo utiliza: pero el movimiento vive lo mismo cuando tal personalidad eminente no existe.** Nuestra teoría del dirigente está muy lejos de las cretinerías con que las teologías y las políticas oficiales demuestran la necesidad de los pontífices, de los reyes, de los «primeros ciudadanos», de los dictadores y de los duces; pobres marionetas que se ilusionan con hacer la historia."* (Lenin en el camino de la revolución, 1924).

Reiteramos pues que el proceso de conformación del Partido y de su estructura es un proceso de selección y de maduración material y dialéctico que se deriva de todo el pasado de experiencias y de ejercitación del mecanismo unitario del partido. Para nosotros el dirigente de excepción no es otra cosa que un instrumento que el movimiento utiliza, pero el movimiento será siempre mucho más fuerte cuando tal personalidad no sea necesaria. La dependencia de la continuidad de la línea en una sola o varias personas será siempre una gran debilidad. Es por esto, que no queremos ya ningún Lenin más, sino un movimiento que desde el centro a la base comprenda, asuma y defienda un programa invariante. Nuestra corriente pensó siempre que la futura revolución "será tremenda, pero anónima." («Fantasme Carlailliane»).

Habrà ocasiones en que tendremos entre nosotros compañeros con aptitudes excepcionales y podremos incorporar

estos "instrumentos" al trabajo común, habrá ocasiones en que nos veremos sometidos a una represión que limitará nuestras posibilidades de comunicación, habrá ocasiones en que grupos de compañeros incluso quedarán aislados por un tiempo a causa de esta represión o por circunstancias como la guerra. En las múltiples circunstancias en las que el Partido tendrá que desarrollarse y sobrevivir en todo el proceso que nos separa de la revolución triunfante e incluso en la fase posterior de la dictadura del proletariado, el Partido podrá y deberá adaptar su estructura organizativa manteniendo su carácter centralizado y una sólida disciplina organizativa si, y sólo si, se mantiene como base inalterable la unidad de doctrina, programa y táctica, habiendo expulsado de su interior cualquier debilidad democrática o personalista.

Proyecto de Tesis presentado por la Izquierda al III Congreso del Partido Comunista de Italia (Lyon, 1926)

La siguiente serie de citas forma parte de las Tesis de Lyon (1926). El Congreso de Lyon fue el primer congreso en que la dirección oportunista del Partido Comunista de Italia (la corriente *ordinovista*, encabezada por Gramsci y Togliatti – el segundo posteriormente nombrado ministro de Gracia y Justicia por la Monarquía italiana – designados a dedo desde la Internacional) obtuvo formalmente la mayoría. ¿Cómo la obtuvo? Se prohibió por parte de la dirección oportunista que acudieran toda una serie de delegados que estaban en la línea de la Izquierda (la corriente que fundó y dirigió el Partido Comunista de Italia hasta que la Internacional en proceso de degeneración cambió la dirección aprovechando que el fascismo había encarcelado a una parte importante de compañeros). Entonces, se instituyó que los votos de los delegados ausentes computarían a favor de las propuestas de la dirección oportunista. Tan sencillo y democrático como esto. Pero nosotros no reaccionaremos a estos golpes de mano con la ingenua reivindicación de una verdadera democracia. Tal y como hemos ido desarrollando se trata de entender cómo estos golpes de mano están indisolublemente ligados al engaño democrático, que se trata de superar para siempre. Se trata de entender también cómo las crisis y degeneraciones del Partido formal son un hecho histórico material y que no han dependido nunca ni han sido evitadas jamás mediante el recuento de votos de una sesión de congreso, sino que están determinadas por el ambiente hostil en el que debe desarrollarse el Partido que es primero producto y sólo luego factor de la historia.

Las Tesis de Lyon representan un punto de llegada y un punto de partida, el balance de la experiencia de la degeneración táctica y luego programática de la III Internacional. Como en el caso de los anteriores textos y cuerpos de tesis, aunque extraigamos aquí una serie de citas específicas para ilustrar la cuestión que venimos desarrollando, merecen y deben ser leídos en su integridad, aprehendiendo así la trabazón general entre sus distintas partes.

"2.- Naturaleza del Partido. El proceso histórico de la emancipación del proletariado y de la fundación del nuevo orden social deriva de la lucha de clases. Toda lucha de clases es lucha política, o sea, tiende a desembocar en una lucha por la conquista del poder político y la dirección de un nuevo organismo estatal. Por consiguiente, el órgano que conduce la lucha de clases a su victoria final es el partido político de clase, único instrumento posible de la insurrección revolucionaria primero y de gobierno después. De estas elementales y geniales afirmaciones de Marx, restablecidas en su máxima evidencia por Lenin, surge la definición del partido como una

organización de todos aquellos que son conscientes del sistema de opiniones que resume la tarea histórica de la clase revolucionaria y están decididos a obrar por su victoria. Gracias al partido la clase obrera adquiere la conciencia de su camino y la voluntad de recorrerlo; por lo tanto, en las sucesivas fases de la lucha, el partido representa históricamente a la clase, aunque tenga en sus filas sólo a una parte más o menos grande de ésta. Esta es la significación de la definición del partido dada por Lenin en el II Congreso Mundial.

Este concepto de Marx y de Lenin se contraponen al concepto, por excelencia oportunista del partido laborista u obrerista, en el cual participan de derecho todos los individuos que son proletarios por su condición social. Dado que en un partido semejante, aunque de apariencia numérica más fuerte, pueden y en ciertas situaciones deben prevalecer las directas influencias contrarrevolucionarias de la clase dominante (representada por la dictadura de organizaciones y dirigentes, que indiferentemente pueden provenir como individuos del proletariado o de otras clases), Marx y Lenin no sólo han combatido este error teórico fatal, sino que no han dudado en hacer pedazos la falsa unidad proletaria para asegurar, incluso en momentos de eclipse de la actividad social del proletariado, y aun a través de pequeños grupos políticos que adhieren al programa revolucionario, la continuidad de la función política del partido en la preparación de las tareas sucesivas del proletariado. Este es el único camino posible para realizar en el futuro la concentración de la mayor parte posible de los trabajadores en torno a la dirección y bajo las banderas de un Partido Comunista capaz de luchar y de vencer.

Una organización inmediata de todos los que económicamente son trabajadores no puede elevarse hasta las tareas políticas, o sea, revolucionarias, pues cada uno de los grupos profesionales y locales no sentirá más que impulsos limitados para la satisfacción de exigencias parciales determinadas por las consecuencias directas de la explotación capitalista. Sólo con la intervención a la cabeza de la clase obrera de un partido político, definido por la adhesión política de sus miembros, se realiza la progresiva síntesis de esos impulsos particulares en una visión y acción común, en la cual los individuos y grupos llegan a superar todo particularismo, aceptando dificultades y sacrificios para el triunfo general y final de la causa de la clase obrera. La definición del partido como partido de la clase obrera tiene en Marx y en Lenin un valor histórico y finalista, no vulgarmente estadístico y constitucional.

Toda concepción de los problemas de organización interna del partido que lleve nuevamente al error de la concepción laborista del partido revela una grave desviación teórica, por cuanto sustituye una visión revolucionaria por una visión democrática, y atribuye más importancia a los esquemas utópicos de proyectos de organización que a la realidad dialéctica del choque de las fuerzas de dos clases opuestas; ella representa un peligro de recaída en el oportunismo. En cuanto a los peligros de degeneración del movimiento revolucionario, y a los medios para asegurar la necesaria continuidad de dirección política en los dirigentes y militantes, no es posible eliminar dichos peligros con una fórmula de organización. Aun menos los elimina la fórmula según la cual sólo el trabajador auténtico

puede ser comunista, la que es desmentida por la inmensa mayoría de los ejemplos que nuestra propia experiencia nos ha suministrado relativos a los individuos y a los partidos. **La garantía contra la degeneración hay que buscarla en otra parte, si no se quiere contradecir el postulado marxista fundamental: "La revolución no es una cuestión de formas de organización"**, postulado que resume toda la conquista realizada por el socialismo científico respecto a las primeras elucubraciones del utopismo.

Partiendo de estas concepciones sobre la naturaleza del partido de clase debe darse respuesta a los actuales problemas contingentes relativos a la organización interna de la Internacional y del partido." (Tesis de Lyon, 1926).

El texto remacha la vieja tesis marxista de que el proletariado sólo se constituye en clase para sí con la constitución en Partido Comunista, ya enunciada en el Manifiesto del Partido Comunista (1848). Al preguntarse sobre los medios para evitar la posible degeneración de dicho partido, se descarta que esto sea posible mediante una fórmula de organización y se recuerda el postulado marxista fundamental: *"la revolución no es una cuestión de formas de organización"*. A continuación, se recordará que en este Partido Comunista es en el único en el que se puede producir la "inversión de la praxis", alcanzando el máximo de conciencia y voluntad. Conciencia y voluntad que son colectivas y de las que **los dirigentes son meros instrumentos y operadores**. En otros textos, la Izquierda comparará al dirigente comunista con un conductor de tranvía por oposición a la idea de una completa libertad en la elección del rumbo.

*"3.- Acción y táctica del Partido. La cuestión de cómo actúa el partido sobre las situaciones y sobre las otras agrupaciones, órganos e instituciones de la sociedad en que se mueve, es la cuestión general de la táctica, de la cual se deben establecer los elementos generales en relación con el conjunto de nuestros principios. En un segundo estadio, se deben precisar las normas de acción concreta en relación con cada uno de los grupos de los problemas prácticos y con las sucesivas fases de desarrollo histórico. (...) Sólo la humanidad proletaria -de la cual estamos aún lejos- podrá ser libre y poseer una voluntad que no sea ilusión sentimental, sino la capacidad de organizar y dominar la economía en el más amplio sentido de la palabra. Todavía hoy la clase proletaria -bien que menos que las otras clases- sigue estando determinada en los límites de su propia acción por influencias que le son externas; en cambio, **el partido político es el órgano en el cual se concentra, precisamente, el máximo de posibilidad de voluntad e iniciativa en todo el campo de su acción: no cualquier partido, por cierto, sino el partido de la clase proletaria, el partido comunista, ligado, por así decirlo, por un hilo ininterrumpido a los objetivos últimos del proceso futuro. En el partido, dicha facultad volitiva, así como su conciencia y preparación teórica, son funciones colectivas por excelencia.***

Con respecto a la tarea asignada en el partido mismo a sus dirigentes, la explicación marxista considera a estos últimos como instrumentos y operadores a través de los cuales se manifiestan mejor las capacidades de comprender y explicar los hechos, de dirigir y desear las acciones, pero tales capacidades conservan siempre mejor su origen en la existencia, y los caracteres del órgano colectivo. Por consiguiente, el concepto marxista del partido y de su acción, como ya hemos anunciado, rechaza tanto el fatalismo (espectador pasivo de fenómenos sobre los cuales no es capaz de influir directamente),

como toda concepción voluntarista en el sentido individual, según la cual, las cualidades de preparación teórica, fuerza de voluntad, espíritu de sacrificio, en suma, un tipo especial de figura moral y un requisito de "pureza", deberían ser exigidos indistintamente a cada militante del partido, el cual quedaría reducido a una élite distinta y superior al resto de los elementos sociales que componen la clase obrera. Por su parte, el error fatalista y de la pasividad conduciría, si bien no a negar la función y la utilidad del partido, al menos a apoyarlo sin más en la clase proletaria entendida en el sentido económico, estadístico. Por tanto, hay que reafirmar las conclusiones señaladas en la tesis que precede sobre la naturaleza del partido, condenando tanto el concepto obrerista como el de la élite de carácter intelectual y moral: **ambos están alejados del marxismo y destinados a encontrarse en la vía de la desembocadura oportunista.**" (Tesis de Lyon, 1926).

Las Tesis de Lyon contienen el siguiente pasaje, vital para sobrevivir bajo el peso de la contrarrevolución. La condición de la reanudación revolucionaria del proletariado es la existencia de un Partido que, sin renunciar a las posibilidades de afirmación coherente que se presenten, sepa renunciar a las vías aparentemente más fáciles. Consciente de ser factor, pero también producto, del desarrollo histórico, el Partido debe actuar en el campo de la táctica dotándose de normas de acción precisas y respetadas, rechazando falsas vías.

*"Hay que decir bien alto que, en ciertas situaciones, pasadas, presentes y futuras, el proletariado ha estado, está y estará en su mayoría, necesariamente, sobre una posición no revolucionaria, de inercia y de colaboración con el enemigo según los casos: pero que, a pesar de todo, **el proletariado continua siendo siempre y por doquier la clase potencialmente revolucionaria y depositaria del desquite de la revolución, mientras exista en su seno el partido comunista que, sin renunciar jamás a todas las posibilidades de afirmarse y de manifestarse de manera coherente, sabe evitar las vías que aparecen más fáciles a los efectos de una popularidad inmediata, pero que lo desviarían de su tarea y privarían al proletariado del punto de apoyo indispensable de su reanudación.** Sobre dicho terreno dialéctico y marxista, y jamás sobre el terreno estético y sentimental, debe rechazarse la bestial expresión de que un partido comunista es libre de adoptar todos los medios y todos los métodos. Al afirmar que el partido, precisamente por ser verdaderamente comunista, es decir, sano en los principios y en la organización, se puede permitir todas las acrobacias en la maniobra política, se olvida que **el partido es para nosotros, al mismo tiempo, factor y producto del desarrollo histórico,** y que, frente a las fuerzas de este último, el proletariado se comporta como una materia más plástica aún. Lo que tendría influencia sobre el proletariado no serían las explicaciones tortuosas que los dirigentes del partido presentarían para justificar ciertas "maniobras", sino los efectos reales que es necesario saber prever, utilizando sobre todo la experiencia de los errores pasados. **Sólo si se sabe actuar en el campo de la táctica y rechazar enérgicamente las falsas vías con normas de acción precisas y respetadas, el partido podrá preservarse de las degeneraciones, lo que jamás logrará solamente con credos teóricos y sanciones organizativas.**" (Tesis de Lyon, 1926).*

(continuará en el número siguiente)